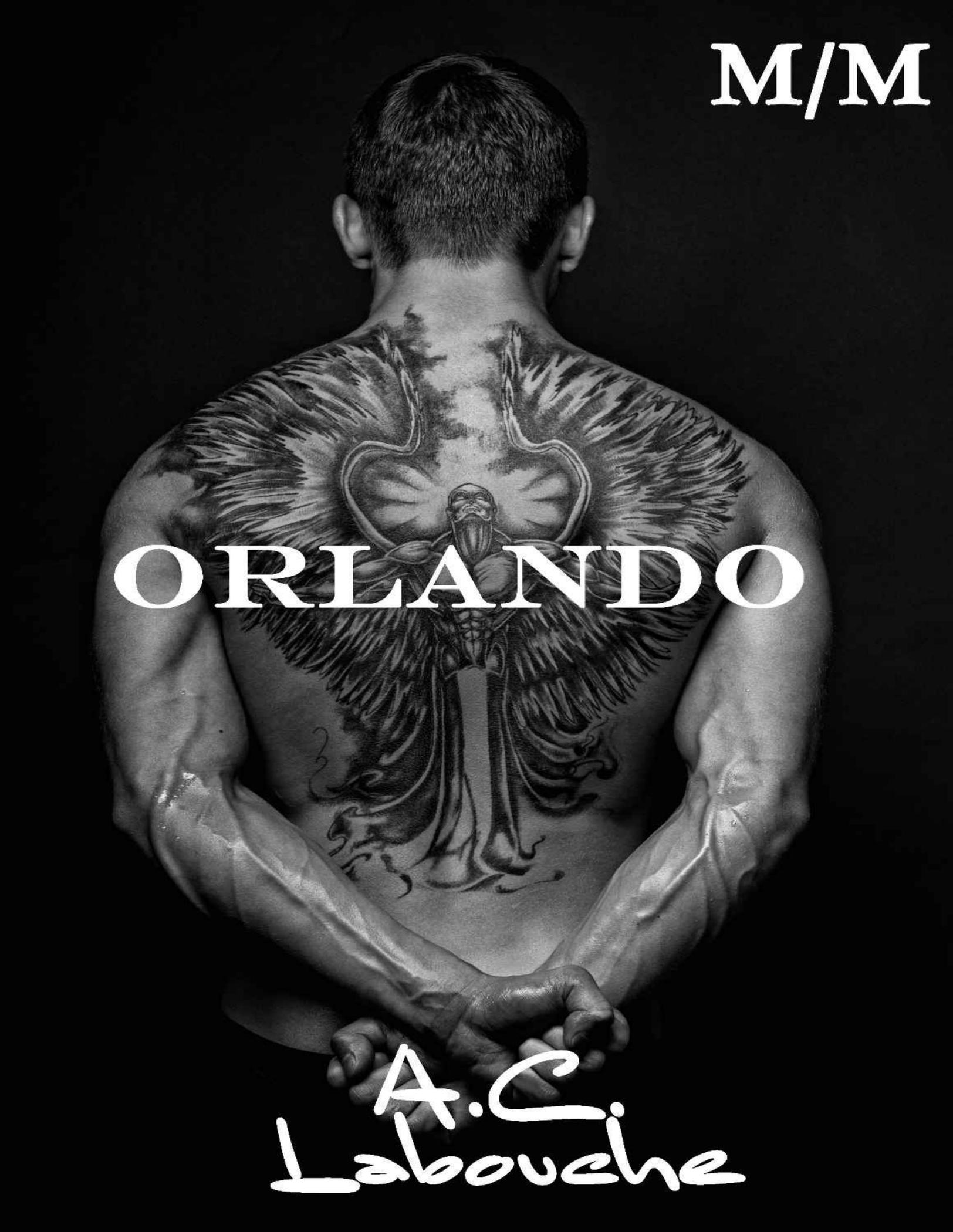


M/M



ORLANDO

A.C.
Labouche

Contents

[Titulo](#)

[Titulo](#)

[Derechos del autor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Fin del libro uno](#)

[Más información](#)

Orlando

Luchador, Tomo 1

Orlando

Luchador, Tomo 1

Por A.C. Labouche

Copyright © 2019 LFD Books
TODOS DERECHOS RESERVADOS

Capítulo 1

Orlando gruñó y gimió al levantar las pesas; una, dos, tres veces más. Sus brazos temblaron. Sus venas sobresalían en su cuello y frente.

“Uno más, hombre. Sólo uno más,” le dijeron los chicos que lo rodeaban; aplaudiéndole, motivándolo, dándole un poco más de motivación. Cerró los ojos, respiró profundamente, y empujó triunfalmente al aire las 350 libras, dos veces más antes de entregársela al observador.

“¡Sí! ¡Asombroso! ¡Qué bestia!” Los chicos en el gimnasio se volvieron locos, gritaron y aullaron. La adrenalina atravesó su cuerpo, lo que estaba empapado del sudor.

Estaba agotado, pero listo. Se levantó y se limpió. Sus compañeros, sementales rasgados cubiertos en tinta, llegaron y le dieron palmadas en la espalda. La única cosa que amaba más que estar en el gimnasio, levantando pesas e impresionando a sus compañeros de entrenamiento de lucha, era estar en el ring, peleando con otro intrépido macho.

Durante unos minutos, Orlando caminó alrededor de la sala de pesas, con las manos en sus caderas, respirando fuertemente. Mañana, al despertar temprano en el mediodía, cada músculo estaría adolorido y gritaría para obtener descanso. Pero valdría la pena. No había tiempo para jugar. Había tenido que esforzarse más que antes. Las cosas nunca habían sido tan serias para él. En su última pelea, había dejado el ring completamente abatido y ensangrentado. Cada parte de su cuerpo había sido golpeado, especialmente su ego. Había sido su tercera derrota consecutiva. Había recibido golpes, codazos y patadas en la cara, y casi había sido golpeado inconsciente. Sus dos ojos habían estado cerrados por la hinchazón. Un par de dientes habían sido expulsados. Después de esa golpiza, sus amigos y familia le habían dicho que se rindiera. ¿Rendirse? No era su estilo. Había estado luchando toda su vida, y no estaba a punto de salirse ahora. Pero tal vez debería haberlo hecho.

Claro, él amaba decirles a todos qué tan duro era y cómo nunca había sido un desertor. Pero si era realmente honesto, tanto con ellos y con sí mismo, que se habría forzado en admitir que había más en su terquedad y determinación que sólo su filosofía personal. Habían alrededor de 10,000 razones por las que tenía que seguir luchando hasta que sus brazos y piernas se apagaran, hasta que su cerebro y corazón no pudieran soportar el castigo.

Se quitó la ropa sudada y envolvió una toalla alrededor de su cintura. Cada uno de los músculos dolía. Pero era un buen dolor, la clase de dolor que le hacía saber que había tenido una seria sesión de entrenamiento. Aquellos eran buenos días, aunque había una nube oscura colgando justo encima de su cabeza.

Él estaba un día más cerca de su próxima pelea, su cita con el destino. Tres rondas en el octágono. Una sangrienta pelea de nudillos.

Un día a la vez. Así es cómo se le había enseñado a pensar. Una sesión a la vez. Una comida a la vez. Toma un paso, y después otro. Después otro, luego otro. Un viaje de 1000 millas empieza con un pequeño paso. Siempre tenía que recordárselo. Era fácil abrumarse por los retos que cada encuentro presentaba.

Cuando entró en la regadera, colgó su toalla y pasó por delante de algunos cuerpos duros. Usualmente, toda esa carne lo provocaba, lo tentaba. Pero hoy no.

No tenía ganas de hacer algo frenético o salvaje en las regaderas. Además, su novio Paul lo estaba esperando. Se suponía que ellos disfrutarían una agradable comida. Algo tranquilo, genial y relajante. Eso era justo lo que él necesitaba.

Cuando llegó a casa, la humedad de agosto lo había empapado en sudor. Tendría que tomar otro baño antes de la cena. Pero siempre disfrutaba bañarse en el apartamento cuando Paul estaba allí. Ellos siempre se las arreglaban para encontrar una forma de hacer esa simple actividad humana, realmente emocionante, juguetona y sexy.

Capítulo 2

Paul se sentó en la orilla de la cama, esperando a Orlando para que saliera del baño. Ese era su ritual normal. Estuvieron cinco meses en un amor tórrido. Paul todavía pensaba que Orlando era el hombre más atractivo con el que había salido. Alto y musculoso. Su pecho tallado, cubierto en tatuajes.

Él era un semental total. El tipo de hombre masculino gay que hacía que los hombres heterosexuales se estremecieran. El tipo de hombre gay que mujeres y niñas veían con deseo. Y ellas nunca creían cuando les decía que era gay. Ellas pensaban que era una alguna clase de una broma. Una broma cruel que decía, en vez de salir y decirles que no estaba interesado.

Paul no podía culpar a esas chicas. Él no había creído que Orlando fuera gay.

¿Por qué creerías que un chico que impidió que algunos estafadores te batieran fuera gay?

Porque así fue como se conocieron. Paul se había emborrachado y estaba caliente, y había hecho algo increíblemente imprudente y estúpido. Siempre había sido muy conservador. Tan poco dispuesto a tomar riesgos. Pero aquella noche no se pudo contener. Estaba cansado de ser bueno, cansado de siempre hacer lo que todos esperaban de él. Así que tomó unos cuantos tragos de tequila con un montón de extraños. Y luego todos se dirigieron a un callejón cercano que era conocido por sus encuentros gay.

Desafortunadamente para Paul, resultó ser una trampa.

Los chicos con los que había estado tomando no eran gays. Eran estafadores de la calle, con hambre de dinero, y con ganas de aprovecharse de los tontos.

El primer puño chocó contra su estómago. Cayó al concreto sin poner resistencia. Le siguió un montón de patadas y puñetazos. Él pensó que lo dejarían inconsciente, lo golpearían hasta dejarlo ensangrentado, y eventualmente lo darían por muerto. Así que se acurrucó y se preparó para tomar la despiadada golpiza. No era la primera que le daban en su vida. Pero ciertamente parecía ser la peor.

Pero de repente, justo cuando se había rendido, los golpes se detuvieron. Se preparó y esperó. Estaba seguro que los golpes seguirían. Escuchó miedo en las voces de sus atacantes. Abrió los ojos. Ellos estaban retrocediendo hacia

la pared. Entonces, descubrió la razón de su miedo. Un hombre de ojos salvajes los estaba mirando, amenazando con golpearlos a todos si no retrocedían.

Ellos eran cuatro y él era sólo uno, pero ellos sabían que no tenían ninguna posibilidad contra él. Les dio cinco segundos para salir del callejón y desaparecer.

“Si alguna vez me ven en la calle, asegúrense de cruzar al otro lado,” él dijo, antes de darle una patada en el culo a uno de ellos.

“¡Ahora!” gritó.

Ellos agacharon la cabeza y salieron corriendo del callejón. Todo lo que Paul podía hacer era verlos con asombro. También él se sentía avergonzado por no poder ser capaz de manejar la situación por sí mismo.

El hombre musculoso que lo había salvado extendió su mano y dijo que su nombre era Orlando. Él lo levantó del concreto. Después, fueron a un restaurante cercano a tomar un café.

Mientras caminaban hacia el restaurante, Paul le agradeció profusamente. Nadie había ido a rescatarlo así antes.

“No es nada,” Orlando dijo. “Tú habrías hecho lo mismo por mí.”

Paul lo miró con brusquedad. Estaba seguro que se estaba burlando de él.

Orlando puso su brazo en su hombro y sonrió. —Cálmate, —él dijo—. Sólo te estoy molestando. Tengo mucha experiencia con ese tipo de cosas.

“¿Peleando en callejones?” preguntó.

“Callejones. Parques. Rings.”

“¿Rings?”

“Sí. Estuve practicando artes marciales mixtas por algunos años. Ha pasado tiempo desde que llegué al ring. Pero, he hecho todo lo posible para mantenerme en forma.

Paul vio su cuerpo de arriba a abajo, apreciándolo completamente. Ciertamente, se mantenía en forma. Sus enormes antebrazos estaban completamente cubiertos con tatuajes. Si lo hubiera visto en la calle, se habría estremecido de miedo y excitación. Lo habría encontrado deliciosamente atractivo, pero sin duda, aterrador.

Ahora entendía el miedo en las caras de esos punks en el callejón. Comprendió porqué cuatro de ellos pensaron que sería mejor dejarlo en paz. Caminando junto a él por las calles desiertas, Paul sintió un poco de todas las emociones.

Lo que descubriría en las próximas semanas era que Orlando era una

persona increíblemente sensible y romántica. Eso lo hacía aún más seductor y más peligroso.

Hablaron en el restaurante por una hora y luego Paul le pidió llevarlo a su casa. Orlando le sonrió, inclinando la cabeza hacia un lado.

“No vas a intentar nada raro, ¿verdad?” preguntó el luchador.

Paul podía ver la alegría y risa en sus ojos.

“¿Cómo qué?” preguntó.

Orlando dudó por un minuto, se quedó pensando, y después fijó sus ojos en él. “Como amarrar o, ¿algo así?”

“No, no,” Paul dijo. “Realmente no me gustan ese tipo de cosas.”

“A mí tampoco,” dijo Orlando. “Pero, la última vez que llegué a casa con un extraño, terminé encadenado a los postes de la cama.”

Paul se rió y le preguntó cómo habían salido las cosas

“Todo fue un juego. Creo que me desmayé y él salió a hacer algunos mandados. Cuando volvió y vio que estaba despierto, se disculpó como loco. Probablemente pensó que lo iba a matar o algo así.”

“¿Estabas?”

“No. Soy un osito de peluche.”

No se parecía a ningún osito de peluche que Paul hubiera encontrado antes. No podía esperar a llevarlo a su apartamento, u eso es lo que hizo. No se había ido desde entonces.

El agua de la regadera finalmente se cortó. Paul sintió que su cuerpo cosquilleaba de emoción. Orlando estaba en el otro lado de la puerta de baño secándose y preparándose para pasear en la habitación y tomar su ropa. Nunca se llevaba la ropa al baño. Vanidad. Ego. Él sabía que sus ojos lo seguían cuando caminaba por la habitación. Paul sabía que, mientras lo veía, subconscientemente su mano se deslizaba dentro de su bóxer y empezaría a acariciar su duro pene. Orlando Sabía que él adoraba su poderoso cuerpo masculino. Muy diferente al suyo.

La puerta del baño se abrió y Orlando salió. La toalla envolvió su cintura. Su piel seguía mojada. Normalmente Paul permanecía en la cama y lo veía lentamente, vistiéndose metódicamente. Pero hoy no podía contenerse.

Se levantó de la cama y envolvió sus brazos alrededor de su torso. Oía a loción corporal. Él aspiró su olor masculino. Apretó su pene duro contra su entrepierna.

“¿Estás emocionado por verlo?” Orlando dijo con su perpetua sonrisa de tipo duro.

Paul no necesitaba decir nada. Se levantó, agarró su rostro y lo besó. Por algunos minutos, sus lenguas salían lujuriosamente en la boca del otro. Orlando tenía labios muy suaves. Cada vez que sus labios se cerraban, podía sentir cómo su pene se endurecía.

Él podría decir que Orlando era su novio ideal, pero eso no habría sido cierto. No había forma en que él podría haber imaginado alguien que parecía tan imperfecto, y ser justo lo que necesitaba.

Paul le dio unos cuantos besos en su pecho. Chupó sus enormes pezones. Orlando cerró sus ojos y gimió. Paul sonrió. No amaba algo más que darle placer. Había aprendido durante su primer encuentro que él tenía pezones sensibles y le gustaba que jugaran con ellos. Así que cada vez que no tenía la camisa puesta, se aseguraba de darles la atención adecuada.

Paul besó su pecho. Pectorales y abdominales. Orlando tembló ligeramente cuando sacó su lengua dentro y fuera de su ombligo. Paul nunca pensaría que un tipo tan varonil sería tan cosquilloso. Pero su Orlando estaba lleno de sorpresas y contradicciones.

“Oh, bebé,” él dijo. “¿No iremos a cenar?” dijo Orlando.

Quitó la toalla de su cintura. Su enorme pene flotaba frente a su rostro. Estaba medio dura. Paul tomó sus bolas en la mano y las apretó ligeramente. Después besó el mechón de vello público justo arriba de la verga.

“Sí, vamos a ir a comer sushi aquí cerca. Pero primero hay algo de carne que me gustaría probar aquí abajo,” dijo Paul.

Lo miró y sonrió.

Orlando puso su mano arriba de la cabeza y cuidadosamente, lo guió hacia su pene. Paul la sostuvo y lo miró por unos instantes. Esa verga se veía deliciosa. Larga y llena de muchas venas.

Paul se levantó de sus rodillas y regresó con una botella de lubricante. Lo puso en la palma de su mano y después, lo colocó en su pene. Brillaba. Empezó a mover su mano de arriba a abajo, ligeramente frotando la cabeza.

Orlando tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Su pene estaba duro como una roca. Paul podía sentir cómo su ano empezaba a mojarse. Quería su pene dentro de él. Quería sentir sus fuertes manos sobre sus hombros. No era de los activos poderosos que usaban su pene como un arma para hacerlo sumiso. No, él no era así en lo absoluto. A pesar de todo su machismo, a veces tenía la impresión que él estaba avergonzado por el tamaño de su pene. Que sentía pena por el dolor que probablemente le infligiría a su pareja.

Pero a Paul no le importaba el dolor. Se acostumbró a él después de las primeras penetraciones. Ahora no podía imaginar no ser llenado de esa manera, su culo siendo estirado hasta alcanzar la máxima capacidad.

Orlando metió su pene dentro y fuera de su boca un par de veces. Realmente se estaba adentrando. Si la hubiera dejado más tiempo, definitivamente se habría venido. Venido en toda su cara y pecho. No quería que eso pasara. Quería hacerle el amor. Penetrar su culo y llenarlo de semen.

Se levantó y lo besó en la boca. Abrió los ojos, sorprendido.

“¿Qué pasa?” dijo Orlando.

“Te quiero dentro de mi culo. En la cama. Es todo tuyo.”

Orlando sonrió y lo besó suavemente.

“Entonces, ponte en la cama,” dijo el luchador.

Orlando golpeó su trasero y se agachó para recoger la botella de lubricante. Paul amaba sentir su mano frotando el cálido líquido en su culo. Amaba sentir uno, dos y después tres dedos, dentro y fuera de su agujero.

No le tomaría tanto tiempo aflojarlo. La idea de ser penetrado por Orlando siempre lo ponía muy mojado. Añadió un poco más de lubricante para no tener problema al entrar en él.

Orlando empujó la cabeza de su pene en su agujero. Paul contuvo el aliento y esperó el resto. Sintió un apretón de manos en su espalda. Y después, con un fuerte empujón, Orlando se metió en su agujero. Sus bolas tocaban su culo.

Paul suspiró. Y lo mismo hizo Orlando.

Orlando dejó una mano en su espalda y con la otra, empezó a masturbarlo. Esa doble acción fue suficiente para enviarlo al borde. No pasó mucho tiempo antes que Paul pudiera sentir el semen subiendo en su pene.

“Sí, bebé, sí bebé. Cógeme,” dijo Paul.

“Abre ese culo por mí, mantenlo bien y abierto, y déjame meter toda esta verga hasta el final,” él dijo.

Orlando aceleró. Minutos después, podía sentir su pene palpitando. Podía sentir que estaba a punto de venirse. Su ritmo se volvió más rápido, y sus empujes más insistentes.

“¡AHHHHH!” soltó un fuerte gemido y su cuerpo se contrajo mientras disparaba la carga en Paul. Segundos después, Paul disparó una enorme carga que salpicó toda la cama.

Ambos se desmayaron en los brazos del otro, sudorosos y satisfechos.

Unas cuantas horas más tarde, despertaron mientras el aire nocturno

soplaba por la ventana.

Orlando había abierto sus ojos, pero los cerró rápidamente. Paul apoyó su cabeza en su pecho y dejó que su mano se deslizara hacia su polla.

“¿Quieres ir por algo de cenar?” preguntó Paul.

Orlando suspiró y alborotó su cabello. Estaba mirando el ventilador del techo.

“¿Por qué no nos quedamos?” preguntó. “Podemos pedir comida y unas cuantas botellas de vino.”

Paul había estado esperando una tarde agradable en un restaurante del vecindario. Pero no le importaba quedarse, disfrutar la comida y la plática en un ambiente más íntimo.

Él ordenó el sushi y unas cuantas botellas de vino.

Se metió en la regadera mientras Orlando dormía en la cama. Antes que terminara de bañarse, vio abrirse la puerta y entrar a Orlando. Pensó que tal vez quería usar el baño o sacar algo del gabinete.

Él estaba muy sorprendido cuando tiró de la cortina y lo miró de arriba a abajo. Estaba desnudo. Su verga se había endurecido de nuevo.

“Voltéate,” dijo Orlando.

Se enjuagó el resto del jabón y obedeció sus órdenes.

Sus dedos arañaron su culo. Sus dientes mordieron ligeramente su cuello. Todo su cuerpo temblaba de excitación y anticipación.

Él era la compañía que siempre había estado esperando. El hombre con el que había soñado durante esas noches solitarias. No. Orlando era mucho mejor de lo que podría haber imaginado.

Puso sus manos contra la pared. El agua caía en su cabeza y espalda. Se sentía relajado al sentir su piel, como si cientos de dedos pequeños lo estuvieran masajeando.

Orlando metió su pene en su culo y lo cogió suavemente. Cuando los dos se habían venido, él cerró el agua de la regadera. Se secaron y besaron un poco más antes de salir del baño.

Disfrutaron de la comida y el vino, y no había pasado tanto tiempo antes que se volvieran juguetones de nuevo. Paul no podía mantener sus manos fuera de su entrepierna. Y parecía que su enorme pene estuvo duro en toda la comida. No había conocido un hombre con tanta resistencia. Al mismo tiempo, él sabía que quería más que sexo de él, mucho más. Siempre había querido amor, compañía y confianza. Y él quería darle todas esas cosas. No sólo su culo.

Cuando terminaron la comida, Orlando puso los platos en el fregadero. Mientras hacía eso, Paul apagó las luces y encendió unas cuantas velas. Orlando parecía sorprendido cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

“¿Para qué es esto?” preguntó Orlando.

Paul sonrió y envolvió sus brazos alrededor de él. Miró fijamente sus sensuales ojos verdes. Se había perdido en ellos. Robustos pero suaves. Violentos pero tiernos.

“Es para nosotros,” dijo Paul, quien pensó que un ambiente romántico era justo lo que necesitaban.

Orlando miró a su alrededor y sacudió la cabeza varias veces. “No está mal,” él dijo. “No está nada mal. Sabes que siempre disfruto un ambiente sexy y romántico.”

“Lo sé,” dijo.

Orlando tomó su cara entre sus poderosas manos y lo besó en la boca. La abrió completamente y dejó que su lengua entrara y saliera. Estos eran los besos más profundos y sensuales que había experimentado. Cuando lo besaba, sentía que estaba alcanzando una parte de él que estaba oculta para el resto del mundo. Podía sentir su lengua tocando, vibrando y acariciando cada parte de su cuerpo. Nunca había experimentado algo como eso. Y probablemente nunca volvería a hacerlo.

Lo levantó con sus enormes brazos y lo llevó a la cama. Lo colocó suavemente en el piso. Luego empezó a quitarle la ropa. Nunca rompió el contacto visual con él.

Una vez más, los dos estaban completamente desnudos. Él puso su cuerpo duro arriba de Paul. Cada vez que hacía eso, él pensaba que podría terminar aplastándolo. Aunque al mismo tiempo, Paul disfrutaba enormemente sentir ese peso, músculo y fuerza encima de él. En esos momentos, Orlando sentía que tenía el control completo sobre él.

Era una sensación deliciosa. Algo que nunca antes había experimentado con un hombre.

Capítulo 3

Cuando Orlando despertó al día siguiente, Paul ya se había ido a trabajar. Su cuerpo estaba adolorido. Tal vez fue el sexo. Tal vez fue el vino. Había tomado una copa o más de lo habitual. Tal vez fueron los duros entrenamientos que había estado haciendo durante los últimos diez días.

Una semana. Eso es lo que faltaba para su próxima pelea. Otra pelea sangrienta. Habían pasado más de dieciséis meses desde que había entrado en el ring. Su última pelea contra Da Silva, en la que se había llevado una golpiza en las costillas, piernas, y a su cabeza, se suponía que sería la última. Eso era lo que había dicho. Y eso es lo que le había dicho a los demás. Pero desafortunadamente para él, las cosas no iban a ser tan sencillas. No podía irse ahora. Aún le seguía debiendo casi diez mil a su antiguo entrenador y a sus agentes. Ellos querían su dinero lo antes posible. Y se decía que lo estaban buscando.

Se levantó de la cama y caminó por el apartamento, desnudo y con su gran pene balanceándose entre sus piernas. Recorrió la cortina y miró fijamente al pequeño pueblo suburbano.

Tenía que salir de ese lugar. Sintió que se estaba volviendo loco. No entendía cómo las personas tenían ese tipo de vida. No tenía ningún sentido para él. Tal vez por eso tenía hambre de volver al ring. Tal vez la deuda tenía menos que ver con eso que la falta de entusiasmo en su vida.

Cada vez que entraba al octágono, peleando con otro hombre, podía sentir la muerte respirando por su cuello. Un movimiento equivocado y todo podría terminar. Un golpe en la cabeza podría terminar la vida de un hombre. Pero el miedo nunca lo había dominado. Él había descubierto a edad temprana —tal vez demasiado— que el miedo era un comportamiento aprendido.

Todavía podía recordar ese día en octavo grado cuando llegó a casa ensangrentado y llorando, con toda su ropa rota. Su padre estaba sentado frente al porche delantero, fumando un cigarrillo y tomando su quinta cerveza.

Orlando, un niño delgado, frágil y socialmente raro, corrió hacia él. Había esperado amor, simpatía, apoyo. Pero desafortunadamente, nada de eso vino por parte del viejo. Estaba viviendo su propio infierno personal. No tenía más tiempo ni energía para preocuparse por su hijo.

Cuando Orlando extendió los brazos para abrazarlo, su padre lo empujó,

casi golpeándolo.

“¿Qué demonios estás haciendo?” su padre dijo.

Orlando ignoró las duras palabras de su padre, envolviendo sus brazos delgados alrededor de sus piernas.

“Papá, me golpearon mucho. Y se llevaron mi dinero.”

Había estado esperando simpatía y palabras amables. Pero de nuevo, su padre lo empujó con fuerza.

El viejo miró a su hijo de arriba a abajo, pareciendo notar por primera vez la sangre, suciedad y la ropa desgarrada. Pero no reaccionó rápidamente, sino con lentitud y desdén desplazó sus ojos de arriba a abajo, tomando otra cerveza.

El borracho levantó su gran cuerpo, con el estómago saliendo de la manchada camisa. Orlando se estremeció. Le habían dado golpes en cada parte de su cuerpo. Y todo le dolía.

“Awww,” él le dijo con una voz llorona.

Su padre empezó a reírse. “¿Qué eres? ¿Una mariquita?”

Orlando no sabía cómo responder. Miró desconcertadamente a la cara de su padre. ¿Qué había hecho para merecerse ese trato? ¿Qué había hecho para merecer esa falta de amor?

Luego su padre lo tomó apretadamente del brazo. “Vamos,” le dijo.

“¿A dónde?” dijo el niño, haciendo una mueca de dolor, mientras los dedos de su padre, manchados por el cigarrillo, perforaban su cuerpo.

“Vas a volver a pelear con esos chicos,” su padre dijo. “Cada uno de ellos. No me importa si pierdes. ¿Entendido?”

No, definitivamente no entendía. Nada de esto tenía sentido para él. No tiene sentido. ¿Volver a pelear? ¿Hablaban en serio? ¿Eso es lo que realmente quería que hiciera? Era una locura.

Sí, su padre hablaba en serio. Pero también estaba borracho. Y en el camino de vuelta al patio escolar, casi se estrelló tres veces mientras aceleraba a través de las luces rojas y altos.

¿Qué clase de padre obligaría a su hijo a luchar contra sus atormentadores? ¿Qué clase de vida le estaba preparando el bastardo borracho?

Desafortunadamente para Orlando, era el bastardo cuyo esperma lo había creado.

Y más desafortunado para él, terminó consiguiendo muchos más golpes. Su padre observó todo, riéndose de vez en cuando, instándole a que golpeará, instándole a que dejara de llorar, que dejara de ser un punk. Una perra. Un

maricón.

Doce años más tarde, ese día todavía lo perseguía. Nada volvió a ser lo mismo. Él había sabido que su padre podría ser un idiota abusivo. Había visto como había tratado a su madre a lo largo de los años. Pero siempre había intentado olvidarlo, siempre intentó atenerse a la idea que su padre realmente lo amaba, siempre trató de creer profundamente que su padre haría cualquier cosa para él, lo protegería a cualquier costo. Pero esa idea resultó estar mal. Muy mal.

Ese fatídico día cambió todo. Ese día había aprendido que nadie lo protegería. Si no lo hacía por su cuenta, nadie lo haría por él. Pasó los siguientes años manteniendo su distancia de la gente, sin atreverse a confiar en ellos. También pasó tiempo acondicionando su cuerpo. Y dos años después, cuando se graduó de la preparatoria, había transformado completamente su cuerpo, con más de 60 libras de músculo. Músculo tan duro como la roca. Y con unos malvados ojos verdes. Él irradiaba una energía inconfundible de “te-voy-a-joder”.

Después de acondicionarse y endurecerse, no tuvo ningún problema en obtener atención, mucha atención, de las chicas de la escuela.

Eso era lo que siempre había querido, o al menos eso era lo que se había dicho durante mucho tiempo. Siempre había estado celoso de los chicos que podían hacer a las chicas reír sólo por ir a un lugar, hacerlas ruborizar y empezar a actuar tontamente.

Siempre había soñado con ser ese tipo de chico. Parecía ser la cosa más genial en el mundo. Pero una vez que empezó a recibir atención femenina, le pareció realmente molesto. Las chicas empezaban a jalarlo a este lugar o al otro, siempre tratando de saber qué estaba haciendo, e invitándolo a fiestas. Siempre dijo que no, siempre dijo que estaba ocupado.

Todo lo que quería hacer era ejercitarse, inflarse, llenándose de suplementos como proteína, creatina, y óxido nítrico.

A él le encantaba pasearse por el gimnasio con pantalones ajustados que mostraran su gran paquete, su playera revelando sus músculos bellamente esculpidos mientras los ojos celosos de los hombres lo admiraban, jóvenes y viejos, y lo miraban de arriba a abajo. Por supuesto, las mujeres también, pero no les ponía mucha atención a ellas.

Esa atención provocó una sensación de hormigueo que se extendía en todo su cuerpo, especialmente al duro pedazo de carne en sus pantalones.

Era el día libre de gimnasio para él. Un día para descansar y recuperarse.

Dejar que el cuerpo se rejuveneciera. No correr, golpear las bolsas o levantar las pesas. No sabía qué hacer consigo mismo. Nunca había sido tan bueno para manejar el tiempo libre.

Siempre tenía que estar haciendo algo, llevando su cuerpo al máximo, sudando, bombeando, gruñendo.

Esa obsesión probablemente tenía que ver con su padre. Antes que el banco hubiera embargado su taller de reparación de automóviles, su viejo trabajaba incansablemente, nunca permanecía sentado, siempre estaba ocupándose de su negocio. Eso fue hasta que uno de sus empleados terminó gravemente herido en un accidente extraño en la tienda. Él terminó demandando y ganando mucho más dinero que su padre podía pagar. Ese fue el inicio del fin. También fue el inicio de su pesado e ininterrumpido alcoholismo. Fue como si ya nada le importara, como si estuviera esperando la muerte.

Orlando se prometió que, no importara lo que pasara en su vida, nunca se dejaría hundir en ese agujero. Siempre empujaría, jalaría, bombearía y levantaría. Levantar y levantar.

Si él estuviera en la ciudad, habría dado un paseo y algunas personas lo estarían observando. Pero ese no era el tipo de cosas que le gustaba hacer en esta pequeña ciudad suburbana al borde del río Hudson. Él llamaba demasiado atención.

Cada vez que caminaba, los ojos de las mujeres se fijaban en él. De vez en cuando, no le importaban las miradas lujuriosas y hambrientas de las mujeres. Pero odiaba los celos y envidia que venían con ella. Esa es la clase de cosa que hace la vida más difícil. Y la última cosa que él necesitaba era algo que hiciera su vida más difícil.

Así que pasó la tarde en la cama, viendo la televisión y cambiando los canales. No podía encontrar algo que llamara su atención. La elección presidencial estaba a meses de distancia. Parecía como si todos los canales tuvieran que ver con la campaña. Nunca había tenido tanto interés por la política. No importaba si el presidente fuera demócrata o republicano. Él tendría que entrar al ring, esquivar y patear, romper y pisotear, poner su vida en riesgo por algunos centavos, a comparación de los chicos que ven la pelea desde la comodidad de sus suites corporativas.

Pero esa es la vida a la que se inscribió. La vida para la que estaba destinado.

Necesitaba llegar a Manhattan. The Lower East Side.. Ese solía ser su lugar. Allí es donde hizo lo suyo. También había pasado mucho tiempo en

Chelsea y Greenwich Village, pero habían pasado más de seis meses desde que había estado allí. Sin embargo, no estaba muy lejos. Sólo una hora.

Así que no era la distancia la que lo mantenía alejado. No, no era eso. Conocía muchas personas; tenía un rostro y cuerpo que era muy reconocible. No podía arriesgarse. Alguien diría que estaba de vuelta en la ciudad. Y habría algunos sádicos hijos de puta que no apreciarían saber que se había atrevido a mostrar su rostro en la ciudad sin primero haber pagado la deuda.

Entonces, pasó la tarde cambiando canales hasta que sintió la fuerte necesidad de patear un agujero a través de la pantalla.

Anhelaba la aventura.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de su teléfono. Por un momento, él consideró dejarlo para que fuera al buzón de voz. Probablemente era Paul llamando sobre lo que debería recoger para la cena. Usualmente llamaba a esta hora.

Pero cuando tomó el teléfono, estaba sorprendido de ver el nombre en la pantalla. No era Paul. Era Ronnie, el Gran Ronnie. Sonrió mientras le vino a la cabeza la imagen del corpulento Marine de casi dos metros.

Pensó en todo el tiempo que pasaban juntos dentro y fuera del gimnasio, llevando al otro más allá de sus límites, luego explorando cada pulgada del cuerpo del otro. Pensó en el tiempo que pasaban en las regaderas; dos cuerpos entrelazados, sus bocas, labios y lenguas dando vueltas, con saliva rebotando dentro y fuera de sus bocas.

Recordó haber doblado y golpeado su agujero peludo y hambriento. Nunca había estado con un hombre más grande, más poderoso y más masculino. Un poderoso pasivo. Esa era la clase de animal sexual que era Ronnie. No sólo le gustaba que fuera rudo, también le encantaba sentir su duro puño allí dentro. Rayos. Eso es lo que Orlando había metido en su agujero. Metió unos cuantos dedos allí y empezó a meter todo el puño, hacia dentro y hacia afuera, escuchando al cerdo anal rogando y suplicando ser cogido duro, más duro.

“¿Qué pasa, hombre?” dijo Orlando.

“No mucho,” dijo Ronnie, con su voz gruesa y ronca. Los sonidos de la ciudad se escuchaban al fondo. Bocinas, sirenas, una cacofonía de voces.

Orlando se sentó en la cama. Cerró sus ojos. En ese momento sintió que estaba siendo transportado de nuevo a la ciudad. La metrópoli. La Gran Manzana. Luego su mente recordó los olores, ese hedor de verano que parecía salir en cada esquina, por todos los poros, en cada grieta en el concreto.

Ha pasado mucho tiempo. Demasiado.

“¿Dónde estás?” preguntó Orlando.

“Cock Bar. Has estado aquí antes, ¿verdad?” dijo Ronnie, en tono de broma.

Y después cerró sus ojos. Por supuesto que él había estado allí antes. Había estado allí muchas veces. Era uno de sus bares favoritos en la ciudad. Su vieja tierra.

“Sí, he estado allí una o dos veces,” dijo Orlando, agarrándose la entrepierna. Desde que contestó el teléfono, su pene se había endurecido.

“¿Y si vienes aquí hoy?” preguntó Ron.

Orlando dudó antes de responder, con el teléfono pegado a su oreja; los sonidos de la ciudad estaban de fondo. Era bastante tentador, pero también era realmente peligroso, arriesgado y estúpido ir.

“No, amigo, no creo. Están pasando muchas cosas,” él dijo.

“¿Qué?” dijo Ronnie. “¿Qué demonios tienes?”

“Un montón de cosas,” dijo Orlando, que sabía que no estaba convenciendo a su amigo.

“Si no estás ejercitándote, eso significa que estás teniendo un día de descanso, ¿cierto?” dijo Ronnie”

“Lo siento. No puedo hacerlo,” dijo Orlando antes de colgar rápidamente el teléfono. Lo colocó en la mesita de noche, luego cerró sus ojos y suspiró. ¿Ir allá? Sería una locura. Pero la imagen del hermoso cuerpo de Ronnie, las miradas, sonidos y olores de la ciudad —particularmente del Cock Bar— seguían disparando su imaginación, encendiendo su sangre.

Sí, era algo arriesgado y peligroso. Pero puede que eso fuera exactamente lo que necesitaba. Un poco de peligro y emoción.

Capítulo 3

Orlando tomó un baño rápido, se cambió y se fue. Una hora después, llegó a la Terminal Grand Central. Había muchas personas. Era abrumadora toda esa energía humana. Era fácil de olvidar que lugares como este existían. Se había escondido en los suburbios por bastante tiempo. Permaneció en medio de la estación, donde cientos de personas se movían delante de él en todas direcciones.

Tomó el 6 tren que iba a Union Square, su viejo lugar. Estaba de vuelta en la ciudad. De inmediato podía sentir una energía increíble que venía de los hombres y mujeres, cuyos ojos devoraban su cuerpo musculoso, vagando de arriba hacia abajo, viendo el bulto en sus pantalones blancos.

No podía esperar para reunirse con su pasivo hermano Marine. El Cock Bar. Sonrió al recordar el nombre. El gallo rojo en la ventana. Era un lugar donde los hombres podían ser ellos mismos, relajarse, emborracharse, tocar y besar.

Era genial estar de vuelta en la ciudad. Nunca debió de haberse ido, nunca debería de haber escapado. Debió haberse mantenido en su lugar, planeando algo para ganar dinero rápido. Ese era el plan, pero todo cambió una noche cuando se dirigía a casa. Había escuchado los gritos de un hombre siendo golpeado. Sus instintos de protección inmediatamente saltaron en acción. Cuatro hombres contra uno. Esa no era la clase de cosa que iba ser capaz de ignorar.

Nunca había sido ese tipo de hombre. Eso es algo que debió haber sacado de su padre, al menos la versión de su padre que existió antes de convertirse en un borracho cobarde. No pudo evitar recordar al viejo como dos seres completamente diferentes. Era tan raro, la disonancia cognitiva que sufrió cuando pensaba en él.

Ronnie estaba fuera del bar, fumando un cigarro y coqueteando con un par de tipos que estaban más pequeños que él. Orlando sonrió. Ronnie no había perdido nada de su impresionante físico. Él siempre había sido atractivo, siempre llamando la atención de los espectadores, siempre en el centro de las cosas. Sorprendía a las personas el saber que era pasivo. Parecía tener todos los ingredientes, todas las características de un activo maravillosamente brutal y dominante.

Los chicos siempre le pedían que fuera el activo, diciéndole que estaban dispuestos a pagarle bien para sentir su fornido cuerpo detrás de ellos, arriba de ellos, empujándolos y golpeándolos. Pero siempre se negaba. Y por negarse, se negaba a ser lo que los demás querían que fuera; parecía siempre tener el poder en sus relaciones. Eso era raro en un pasivo. Muchos de ellos rogarían, se hincarían y se arrastrarían ante sus parejas.

Ronnie jugó a su manera. Y eso lo hacía más atractivo.

Los dos chicos con los que Ronnie estaba hablando entraron al bar.

“¿Te vas a quedar allí parado?” dijo Ronnie, tomando una bocanada intensa de su cigarrillo y viendo a Orlando.

“Sólo estoy viendo lo que haces,” dijo Orlando. “Veo que todavía tienes el toque mágico.”

Ronnie inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió. Orlando había extrañado esa cara arrogante y engreída.

Puso su mano en el pecho de barril del Marine. Ronnie sonrió seductivamente, haciendo estallar los músculos en cada uno de sus pectorales. Caliente. Era muy caliente.

Orlando se acercó, inclinándose. Ellos embonaron sus caderas entre sí.

Era muy extraño estar cerca de un hombre que fuera más alto que él. Tal vez eso era lo que le excitaba sobre el ex-Marine. Siempre había admirado la fuerza, el poder y la agresión. La idea que un hombre así podía ser capaz de estar con él, lo calentaba.

Después de un poco más de golpes y fuerza, y un pequeño beso de lengua, entraron al bar y se sentaron.

Muchos pensamientos diferentes pasaron por la mente de Orlando.

“¿Has escuchado de Chen?” preguntó Ronnie.

Orlando se encogió de hombros. “Quiere su dinero. Y lo quiere lo más pronto posible. Realmente, no hay mucho que decir.”

“¿Ustedes llegaron a un acuerdo o algo así?” preguntó Ronnie, levantando su copa y tomando un sorbo lento, con los ojos fijos en Orlando.

Orlando dudó antes de contestar. No sabía qué hacer con esa mirada. Era extraña y desconcertante. Había una energía detrás de ella que no estaba acostumbrado sentir de Ronnie. Algo un poco amenazante.

Como si su instinto le estuviera diciendo algo. Pero intentó evitar cualquier pensamiento negativo o paranoico. Y eso probaría ser su caída, algo que lamentaría profundamente.

“No lo sé, amigo,” finalmente dijo Orlando. “Pero creo que todo va a salir

bien.”

“Así que, ¿piensas que todo va a salir bien?” dijo una voz, detrás de la oreja de Orlando.

Él conocía esa voz. Eso lo hizo temblar.

Se dio la vuelta y miró la cara sonriente de un hombre negro de casi dos metros con una gran perforación en la nariz. Debo.

“Parece que alguien está un poco sorprendido,” dijo Debo. La lengua de Orlando estaba atorada en su paladar.

“No intentes nada lindo,” dijo Debo. “Sólo levántate muy despacio. Y esa cosa de metal que sientes en tu espalda es exactamente lo que crees que es. Si tengo que hacerlo, me aseguraré que no vuelvas al ring de nuevo. ¿Entendido?”

Los tres hombres salieron del bar. Orlando sintió algo duro clavándose en su espalda. Había un automóvil negro con vidrios polarizados estacionado frente al parque. La puerta trasera se abrió. Lo empujaron hacia dentro.

Esta era su peor pesadilla. Esto es lo que siempre había temido.

En los diez minutos de paseo, Orlando no podía soportar la silenciosa tensión amenazante que reinaba en el reducido asiento trasero. Normalmente, eso lo hubiera puesto duro y caliente, por tener tanto poder masculino y fuerza en ambos lados.

No estaba exactamente seguro a dónde lo iban a llevar, pero lo más probable era que fueran al muelle. Chelsea Piers. Había un montón de almacenes allí. Él tenía que decir algo, tener una idea de lo que estaba pasando, alguna idea de qué tan profundo era el agujero en donde estaba metido.

“No sé lo que te dijo el señor Chen,” dijo Orlando. “Pero voy a pelear la próxima semana.”

Su voz era desesperada y suplicante. Estaba haciendo lo posible para mantener la calma, pero no era mucho. El Sr. Chen era su única esperanza. Chen le había dado la oportunidad hacía varios años, poniendo un poco de dinero para que Orlando pudiera obtener el entrenamiento adecuado antes de saltar al octágono. A veces, la relación se sentía más como padre e hijo, que luchador y su entrenador. Claro, el viejo estaba un poco molesto porque Orlando quedara corto con el dinero, pero una vez que fueron capaces de sentarse cara a cara, Orlando confiaba en que serían capaces de resolverlo.

“Chen se ha ido,” dijo Debo.

“¿Qué demonios?” dijo Orlando, conmocionado. “¿Qué le pasó?”

Debo y Ronnie hicieron contacto visual. Después Ronnie puso una mano

firme sobre el muslo de Orlando.

“Olvidó su lugar,” dijo Ronnie.

“Así es,” dijo Debo. “Olvidó su lugar y fue reemplazado.”

Los dos hombres empezaron a reírse.

Chen había sido su última esperanza, el hombre que le había dado la oportunidad cuando nadie más lo hacía, el único que lo animaba a seguir, incluso después de las primeras peleas que no salieron bien.

Si ya no estaba Chen, no había nadie con quien más razonar. Si ellos pudieran deshacerse de un promotor con conexiones en todo el mundo, conexiones chinas multimillonarias, no había manera de saber lo que harían con él. Temblaba ante la idea. Esta no era la clase de personas con las que quieres meterte. Él sabía eso, pero aun así siguió jugando con fuego. Y ahora tenía que pagar.

Diez minutos después, el auto se detuvo.

“Sólo relájate,” dijo Ronnie. “No hagas movimientos rápidos.”

Orlando no sabía qué hacer con todas sus amenazas. Si querían el dinero, ciertamente no era de su interés el dispararle. Si él sufría cualquier clase de lesión, no habría forma que él fuera capaz de luchar en una semana. De ninguna forma. Sólo era una pequeña consolación. Estos tipos estaban locos. Los había hecho esperar mucho. No podían permitir que esa clase de cosas quedara impune. Si se corría la voz, podía ser el fin de sus negocios.

Sus instintos estaban en lo cierto. Él podía oler la sal de mar saliendo del río Este. Los muelles de Chelsea. Se había peleado en este barrio en más de una ocasión. Se había divertido. Muchísimo. Pero este era un regreso diferente a lo que había experimentado antes. Esta impotencia, este desamparo. Esta era la clase de cosas que él temía.

Tal vez él debió luchar. Tal vez él debió de actuar en el bar. No había forma en que Debo realmente le dispararía. Era una amenaza vacía. Pero era demasiado tarde. Él había dejado pasar su oportunidad. Ahora tenía que mantener la calma. Relajándose. Cuando llegara el momento, cuando la siguiente oportunidad se presentara, él la tomaría. Iba a luchar completamente por su libertad.

Mientras los tres hombres se dirigían al almacén, Orlando podía escuchar su teléfono sonar en sus pantalones. Se detuvo y también lo hicieron Ronnie y Debo. Sus dos atormentadores se miraron entre sí. Orlando sintió una energía extraña entre ellos. Ellos definitivamente habían escuchado su teléfono sonar.

“No hagas nada rápido,” dijo Ronnie.

“Sí, nada rápido,” repitió Debo.

Ronnie metió la mano en el bolsillo de Orlando y sacó el teléfono. Se quedó mirando la pantalla y sonrió.

“¿Paul? ¿Actualmente es tu pasivo?”

Orlando no dijo nada. Sabía que era mejor mantener la boca cerrada. No había nada que pudiera decir que lo fuera a sacar de la situación. Nada en absoluto. Tenía que mantener su sensatez sobre él. Era lo único que importaba. Si perdía la calma, se estaría poniendo en peligro.

“¿Tienes algo que decir?” dijo Ronnie. “Tal vez Paul quiere unirse a nuestra pequeña fiesta. ¿Qué opinas?”

“¿Qué demonios?” dijo Orlando. Segundos después recibió un duro golpe en el estómago. Se retorció y escupió.

“¿Qué dijimos sobre los movimientos rápidos?” dijo Ronnie. “Sigue caminando.”

Se lo llevaron a un gran almacén. Estaba vacío, a excepción de una silla colocada ominosamente en el medio. Lo tomaron de ambos brazos y lo llevaron hacia la silla. Él esperaba que lo ataran y lo vendaran. Pero en cambio, después de obligarlo, ambos empezaron a caminar.

“¿Qué demonios está pasando?” gritó Orlando.

“¡Siéntate!” dijo una fuerte voz. Debió haber venido de un sistema de sonido.

Orlando miró a su alrededor aterrorizado, esperando que alguien lo emboscara en cualquier momento.

¿Qué estaba pasando? ¿Lo iban a matar? En el ring había contemplado la muerte muchas veces. Pero nunca había estado más asustado en su vida.

No tenía sentido correr ahora. No tenía sentido en desobedecer. Escuchar y mantener la calma eran sus únicas opciones.

Volvió a sentarse.

“Es bueno verte de nuevo, Orlando. Muy bueno. Espero que mis hombres no hayan sido demasiado duros contigo.”

Orlando sonrió y murmuró con rabia.

“Tienes todo el derecho de estar enojado. Pero yo también.”

“¿Qué es lo que quieres? ¿Y quién demonios eres?”

“Haces muchas preguntas. Soy el hombre al que debes \$10,000. Puedes llamarme, el Griego.”

“Entonces, ¿qué es lo que quieres?” preguntó Orlando.

“Quiero mi dinero.”

“Mi siguiente pelea es en cinco días. Si gano, te daré tu dinero.”

“Incorrecto, Orlando. Si pierdes, tendré mi dinero.”

Orlando frunció el ceño y sacudió la cabeza. “¿Si pierdo?”

“Sí, exactamente. Vas a perder esa pelea. Y luego, esta deuda desaparecerá.

“Pero si pierdo esta pelea, mi carrera habrá terminado.”

“Supongo que no eres tan estúpido como te ves,” dijo el Griego. Orlando se rió. “Maldito idiota.”

“Sí, puedo serlo a veces. Recibirás instrucciones adicionales en los siguientes días.”

Orlando se levantó y se dio la vuelta. “¿En dónde rayos te estás escondiendo?”

No hubo respuesta cuando Orlando gritó; su voz resonó dentro del almacén. Gritó de nuevo, en vano. Su voz resonaba en las paredes. Y después, la gran puerta del almacén se abrió, dejando entrar el sol y el aire salado del río Este.

Iban a dejarlo ir, pero tenía que perder la pelea. Todo en su espíritu se rebeló contra la idea de perder a propósito.

“¡Vete!” gritó la voz.

Orlando consideró gritar de nuevo. Pero decidió que era mejor salir. La pelea era en cinco días.

Mientras estaba en el tren, Orlando miraba por la ventana; las casas y los árboles pasaban, así también los pensamientos sobre su carrera en la lucha destellaron en su mente; los golpes, puñetazos y cabezazos que había tomado, la sangre, saliva y las agallas que había vertido en el ring. Se terminó. Todo eso se había acabado.

Pero no iría sin pelear, no entraría sin balancearse y sin golpear. No podía. Paul confiaba en él. Por primera vez, Orlando sentía como esta relación, esta historia de amor, era todo por lo que tenía que vivir. Y si ese era el caso, iba a luchar con cada onza de su energía para mantenerla viva. A medida que el tren retumbaba, Orlando apretó sus puños y dientes. Estaba listo.

Nunca se había sentido tan vivo. Nunca había estado más cerca de la muerte. Podía sentirla respirar por su cuello. Y también podía sentir el burbujeo de la sangre en las venas, podría sentir la tensión dentro de él. Necesitaba venirse. Apretó su pene. Estaba duro, palpitante de deseo. Al entrar al apartamento, llamó a Paul.

Estaba sentado en la mesa de la cocina, escribiendo en su computadora portátil.

Se levantó y se acercó hacia él. Se abrazaron y besaron. Orlando lo besó su cuello, y dejó su lengua en la oreja

Paul se rió. “Eso se siente bien,” dijo.

Orlando apretó sus caderas contra él. Él estaba listo para jugar, listo para liberar toda la tensión que había estado acumulando en su cuerpo.

Se besaron un poco más y luego Orlando comenzó a quitarle la ropa, jalando su camisa por encima de la cabeza, desabrochando la hebilla de su cinturón.

Paul le quitó la ropa y se puso en la cama. “¿Me vas a coger?” preguntó.

Orlando sonrió y se humedeció los labios. Su pene se retorció. Él lo apretó, inclinó la cabeza hacia atrás y gimió.

“Ven aquí y chúpamela.”

Paul sonrió y se puso en cuatro. Agarró su pene con una mano y comenzó a jalársela, de arriba hacia abajo.

“Espera un segundo,” dijo Orlando. “Déjame ir por un poco de lubricante.”

Se dirigió a su cajón de juguetes, sacó una botella de lubricante, y puso un poco en su palma. Lo frotó en todo su verga. ¡Qué deliciosa se ve esta pieza de carne!

“Date la vuelta,” le ordenó Orlando. No podía esperar más. Su deseo principal se había apoderado completamente de él. Necesitaba cavar hasta el fondo de ese agujero, clavándolo y sacándolo. No podía esperar a expulsar una gran carga de semen en el culo de Paul, y después, ver cómo salía de él.

Paul había puesto su cara en la cama y su culo asomándose en el aire. Orlando frotó su pene alrededor del dulce coño de Paul.

Lo golpeó y con fuerza, llevó su mano sobre la suave y pálida carne de su amante.

“Oh, papi,” susurró Paul. “Eso se siente tan bien.”

Orlando lamió dos dedos, llenándolos de saliva, y los empezó a meter hacia dentro y fuera del culo de Paul, relajando el músculo, cosquilleando la próstata. Y luego, llegó el momento de entrar.

“Mételo allí, papi,” dijo Paul. “Quiero que me llenes de tu semen.”

Orlando sonrió, agarró su pene, y luego comenzó a empujar la cabeza en el interior del hambriento agujero. Lo deslizó allí, agradable y profundamente. Luego empezó a cogerlo, golpeando sus caderas contra él, agarrando fuertemente su cintura. Después de hacer un movimiento sólido, disminuyó la velocidad, vio que el grueso trozo de carne había desaparecido en el agujero y se deslizó hacia afuera. Aquellos músculos en su culo que apretaban su pene

hacían que todo se sintiera muy bien. No iba a ser capaz de mantener su semen dentro durante mucho tiempo. Lo embistió más y más fuerte.

Después, dejó escapar un fuerte gemido mientras disparaba su semen dentro de Paul. Cayeron sobre la cama, con sus cuerpos entrelazados, y sus fluidos mezclándose.

,

Fin del Tomo 1

Para más información sobre A.C.
Labouche, visite su sitio web:
<http://aclabouche.wordpress.com>